caridad que tenía para con todos, deseando ayudarles en todas sus necesidades, especialmente en las espirituales se dolía mucho de los pecados públicos. Una vez que la Compañía fué molestada de persona que de hecho lo pudo hacer, y entrando en ello personas cuya vida y costumbres no eran muy justificadas, oyéndolo el Padre sólo decía: «Dios se lo perdone,» é íbase luego á encomendarlos á Dios; cuidado que siempre tuvo no sólo en lo particular, sino en lo común de la monarquía, y aumento de nuestra santa fe y bien de los prójimos. Cuando le afligía la gota, de suerte que no se podía levantar de la cama, yéndolo á ver algunos de casa jamás conocieron en él género de impaciencia y aun apenas que padecía dolor alguno. Era agradable y jovial en su conversación y siempre ella era de cosas santas; alguno que se sentía afligido, ó por el trabajo ó por otra causa, sin que entendiera que lo sabía, le decía tales cosas al propósito, que el afligido salía de allí consolado y trocado; con ser tan viejo y tan enfermo, que aun cuando estaba bueno no se podía tener sino sobre un báculo, siempre que se ofrecía estar delante de los Superiores era en pie y descubierto, hasta que le mandasen que se sentase y cubriese; por estas, pues, y otras insignes virtudes, tenía el humilde Padre motivos particulares para esperar su premio, y también por las oraciones de innumerables almas que con su industria, procurando la gracia por tiempo de 43 años de fervorosos ministerios envió al Cielo, y por estas razones, y por haber acabado en mucha paz el P. Ignacio de las Cortes su carrera, lleno de merecimientos y virtudes, tenemos ciertas esperanzas de que está gozando de grande gloria.

CAPITULO XII.

Vida y excelentes virtudes del venerable Padre Juan de Bueras, Provincial de las Provincias de la Compañía de Jesús de Filipinas y Nueva España.

Los mismos títulos que obligaron á escribir en esta historia la vida del antecedente sujeto, que la empleó en servicio de Dios y bien de las almas en las Islas Filipinas, esos mismos títulos se nos ofrecen también para escribir la que ahora aquí se sigue del religiosísimo P. Juan de Bueras, que habiendo trabajado y gobernado por muchos años la Provincia de Filipinas, y trayéndole de allí después la santa obediencia á la nuestra de Nueva España para que la gobernase, á pocos días de haber ejercitado este oficio fué Nuestro Señor servido de llevarle de esta vida mortal á la eterna en nuestro Colegio de México, á premiarle sus santos trabajos, virtudes y peregrinaciones apostólicas.

§ I.

De su entrada en la Compañía, primeras ocupaciones que en ella tuvo y grandes prendas de virtud que en ellas mostró.

Nació el P. Juan de Bueras en las montañas de Burgos, de linaje conocido y noble, y habiendo pasado con buena educación que le dieron sus cristianos padres los primeros años de su puericia, le enviaron á estudiar á la Universidad de Alcalá, donde, entre las aventajadas habilidades de aquellos estudios, se hizo muy plausible lugar su florido ingenio, adelantándose á todos en la honestidad y virtud de sus ajustadas costumbres, que, con deseo de mayor perfección, le trajeron á la Compañía. Fué recibido en ella á los 18 años de su edad, y en el noviciado creció á tan subidos grados de espíritu su devoción y regular observancia, que ya desde entonces le pronosticaban todos los grandes grados de perfección que había de subir su muy pura y devota alma, pues entre las ocupaciones precisas de los estudios hacía raya en el cuidado de su aprovechamiento espiritual. Después en la variedad de ministerios en que le ocupó la santa obediencia, jamás tuvo remisión la puntualidad y ansia con que procuraba el agrado de Nuestro Señor, y era común sentir así de los que le trataron íntimamente en Europa, como de los que después le conocieron y comunicaron, con especialidad en las Indias, que no había perdido el Padre la gracia bautismal; y verdaderamente sus acciones, vistas con la atención que las examinan las comunidades y Superiores, se mostraban tan perfectas, que no se le advertía ninguna que mereciese, á juicio de todos los que le conocían, ni aun la censura de culpa venial; efectos, sin duda, de la presencia de Nuestro Señor que continuamente traía este santo varón, de suerte que no parece hacía obra ni decía palabra que primero no la examinase y ajustase delante de Dios y con su santísima voluntad.

Encargáronle los Superiores que leyese un curso de Artes en Oropeza, en que no fué menor el desvelo que puso en ganar para Dios sus discípulos que en el de su ingenio para aprovecharlos en las letras. En ambas materias sacó muy aventajados estudiantes, y uno de ellos, que después pasó á la Universidad de Salamanca con intento de adquirir lustrosas ocupaciones del siglo, dando de mano á vanidades de tierra, procuró y consiguió el ser recibido en la Compañía, publicando que los ejemplos santos y fervorosos consejos de su maestro, se le imprimieron de suerte en el corazón, que le habían reducido al feliz estado de que gozaba en la Religión. Leyó después Teología moral con los mismos afectos y efectos de espíritu, que le granjearon nombre y veneración de santo, así con los de fuera como con los de casa. Y necesitando en este tiempo de reformación un Colegio de seculares que estaba á cargo de la Compañía, se le hubo de encomendar al P. Juan de Bueras, con cuya dirección y prudencia tuvo feliz efecto la empresa, aunque se juzgaba por muy árdua, reduciendo casi á estilo de mortificados Religiosos los que antes eran jóvenes desvanecidos, con admiración de los que conocieron el uno y otro estado del Colegio.

Siempre reconocieron los Superiores en el P. Juan de Bueras singular talento para el gobierno de la Compañía, y así, le hicieron Mi-

nistro del noviciado de Madrid, donde todos se hacían lenguas en abono de la virtud y ejemplos de grande religión con que edificaba y alentaba novicios y antiguos. El Superior tuvo tanta estima de su santidad, que desde entonces no sólo le encargó el gobierno de la casa, mas también el de su conciencia, recibiendo sus direcciones como si fueran de un ángel, siéndolo el Padre en su apacible trato, condición y amable natural.

En este ministerio tendió las velas todas de su espíritu, dándose tan de veras á Dios en la compañía de los novicios, que así de la intensión con que se entregaba al ejercicio de la oración, como del rigor de su penitencia, le sobrevino un dolor agudo de hijada que le repetia muchas veces junto con la calentura, tan continua, que llegó á estar casi ético; pero recobrado algo de fuerzas y con alguna mejoría, volvió al Colegio de Toledo, donde segunda vez leyó la cátedra de Moral; ocupación en que le halló la orden de N. P. General Mucio Vitelleschi, en que le ordenaba pasase á la Provincia de Filipinas, sin decirle el empleo que allá había de tener. Obedeció el Padre tanto con mayor gusto, cuanto era la orden de más absoluta obediencia que se le había ofrecido, por no haber pedido jamás aquesta asignación. Fué grande el sentimiento de aquella Provincia que se deshacía de un sujeto tan amable á Dios y á los hombres y de tan singulares prendas y celestiales dones con que la Majestad Divina le había ilustrado liberalísimamente.

Hízose á la vela en Cádiz, y en la navegación no perdió punto de la regularidad que podía tener el más retirado Religioso en un noviciado, ordenando la distribución de todos los ejercicios espirituales que ejercita la Compañía tan exactamente, que ganó entre los navegantes opinión de santo, siguiéndose no pequeños frutos del alma, de las doctrinas y pláticas con que procuraba el aprovechamiento de todos, y á las oraciones del Padre atribuían el haberlos librado Dios del manifiesto peligro en que sin remedio habían de chocar con otra nao. Luego que llegó á la Provincia de México (donde todos los de la Compañía que pasan á Filipinas son hospedados como Hermanos muy amados en Cristo), se dió á conocer el P. Juan de Bueras muy en particular por su religión, modestia y compostura, devoción y humildad y letras, y fué reverenciado, edificando con palabras y obras el tiempo que se detuvo en ella, hasta que se embarcó para Filipinas, como lo vimos todos los que en aquel tiempo le tratamos y conocimos.

§ II.

Embárcase para Filipinas,
hállase allí con patente de Rector del Colegio de Manila,
y las excelentes virtudes con que ejercitó este oficio.

Llegóse el tiempo de la partida del P. Juan de Bueras con sus compañeros, que eran muchos y las naos pequeñas, y así, fué forzoso el repartirse en dos naos. A pocos días se sintió peste en la que iba el P. Juan de Bueras, por ser excesivo el calor y mucho el número de la gente. Aquí tuvo su caridad fervorosa materia grande en que ejercitarse, sirviendo de enfermero á los apestados con tanta solicitud en el regalo de sus cuerpos y disposición de sus almas, que de muchos que murieron ninguno dejó de recibir los Santos Sacramentos de Penitencia y Extremaunción, y cuando dió lugar el tiempo, la Sagrada Comunión; diligencia que se reconoció y debió al amor y piedad con que el Padre los asistía sin cansarse. Y porque su espíritu se emplease en mayores actos de amor de Dios y conformidad con su santísima voluntad, fué Su Majestad servido de llevarse para sí á cuatro de sus compañeros, que por más asistentes á los apestados, cayeron ellos heridos de la misma dolencia. Suceso fué éste de no poco dolor para el Padre, que ofreció á Dios con grande serenidad y grandeza de ánimo. Y súpose que el alma de uno de estos benditos Religiosos la vió subir al Cielo otro de sus compañeros, hijo de espíritu del P. Bueras y con quien solía comunicar los secretos y favores con que lo regalaba Nuestro Señor, y se tuvo por cierto había tenido la misma visión el Padre, por la aseveración con que lo refería, no obstante que era muy recatado en tratar de estas materias.

Luego que desembarcó en las Islas Filipinas, le dieron la patente que llevaba el mismo Padre (sin saberlo él), en que N. P. General le hacía Rector del Colegio de Manila, nueva que le sobresaltó por rehusar estas ocupaciones su grande humildad y retiro. Pero obligado de la obediencia hubo de sujetarse al cargo, y le aceptó con tanta aclamación y agrado de la Provincia, que agradecida á N. P. General por haberle dado un sujeto de tan señalada perfección y prudencia, le pidió se le diese por Provincial acabado su rectorado; juntaba la suavidad de su condición y piadoso natural, la rectitud de un Superior vigilantísimo y celoso de la observancia religiosa, con que en todas introducía suavemente la disciplina religiosa. Era caritativo con los enfermos, solicitando el regalo á los necesitados. Para sí nunca admitía particular en la mesa, ni en sus dolores y enfermedades permitía que se le hiciese regalo, ni que le acudiese á su aposento persona que le ayudase ni aun á barrerlo, adelantándose en todo lo que era penoso con su ejemplo. Fregaba en la cocina y servía todas las semanas en el refectorio, donde también ejercitaba particulares ejercicios de mortificación, las vísperas de las celebridades de Cristo y de su Santísima Madre. Hacía pláticas y doctrinas en los cuerpos de guardia con mucho fruto de los soldados, visitaba los hospitales y cárceles á menudo, exhortando á todos que se confesasen, y en las fiestas principales y jubileos les enviaba de comer á aquellos pobres. Adelantó con sumo cuidado las Congregaciones, encargándose de las de los seglares todo el tiempo que fué Rector de aquel Colegio. El primero que bajaba al confesonario los días de concurso en nuestra Iglesia era el P. Juan de Bueras, y en él acudía con más cariño y mayor gusto á los pobres y desvalidos indios, negros y soldados.

Si venimos á hablar de su modestia y compostura, ésta era tal que sólo el mirarle le acreditaba de santo. Guardaba la vista, sin alzar los ojos más de lo que le permitía la urbanidad y cortesía; el vestido era tan pobre, que ya parecía llegaba á ser indecente. Su aspecto era testigo de su mortificación y penitencia, porque traía quebrado el color y era mucha la flaqueza que le resaltaba de los muchos cilicios y disciplinas con que se atormentaba, sin poderle ir nadie á la mano en este rigor excesivo; tanto padecía, que un Padre muy grave quisiera

ser Superior del P. Juan de Bueras, sólo para ponerle tasa en sus penitencias; cuando ya no era Superior, si se le ordenaba que recibiese algún regalo por sus muchos achaques, era menester vencer su resistencia con expresa obediencia con que se lo mandaban, pero á pocos días alegaba mejorías de salud para excusarlos; y admitíansele algunas veces sus razones, por saberse cuánta penalidad recibía el santo Padre con estos alivios, aunque fuesen en sus enfermedades que en breve tiempo repetían, y era necesario nueva contienda para que los admitiese. Y en sola esta materia se hallaba de parte del P. Juan de Bueras alguna resistencia, porque en todas las demás órdenes de obediencia era tan pronta su ejecución, que solía decir de él el venerable P. Alonso de Humanes, Provincial entonces de aquella Provincia (y de santidad tan grande, que después de muerto le ha ilustrado Nuestro Señor con algunas obras maravillosas), que se confundía de las menudencias con que acudía á pedir licencias el Padre Rector, y mucho más de su prontitud en admitir y ejecutar cualquier cosa que se le ordenase. La pureza de su alma se entendió, que era más de ángel que de hombre: conservóse en la integridad y limpieza de su cuerpo que martirizaba con porfiada crueldad, y ni aun los mosquitos apartaba de sí, padeciendo su molestia, de suerte que en llegando á México del Puerto de la Veracruz (donde corre esta plaga), vino tan hinchado de las picaduras que allí le dieron esos animalillos, que fué necesario curarle de propósito. En sus conversaciones sólo se oían pláticas de varones espirituales, introduciendo las de aquellas virtudes en que fueron insignes los que han ilustrado la Compañía ó actualmente vivían en ella con fama de espirituales; y tuvo siempre notable cuidado en alcanzar á saber de los que en las demás Provincias tenían esta acepción y nombre; jamás se le oyó palabra que significase falta de otro, todos eran buenos en su estimación y elogios con que hablaba de todos. Nunca se vió que pusiese la mano en la cabeza á los niños, cariño ordinario de estas criaturas, ni que oliese flor, antes cuando le presentaban algunos ramilletes, los enviaba á la capilla ó Iglesia. Su paciencia (que es virtud de perfectos) fué admirable por lo mucho que padecía y poco que se quejaba; algunas piedras del tamaño de avellanas echó por la orina sin oírsele ni un quejido, cuando lastimaba su penalidad á todos; registrándose en el aspecto lo mucho de dolor que disimulaba, compadeciéndose todos de su rigurosa dolencia.

Su mansedumbre, acompañada de piedad, fué grande; nunca sus súbditos le vieron enojado, y siempre se veia en el Padre Juan de Bueras una severidad constante por una parte, y por otra tan apacible, que muchos casos adversos no le alteraron. Gobernaba tan provechosamente á sus súbditos, que con facilidad corregía sus faltas, y advertidos ellos de su apacible Prelado, admitían con sumo agrado su corrección. A los que afligidos le buscaban, hallaban el remedio en su paternal afecto, confiados siempre de su benignidad.

Esta grande prudencia se manifestaba no sólo con los de casa, mas también en arduas dificultades que con los de fuera se ofrecían, y al parecer irremediables, si la dirección y consejo del P. Bueras no las facilitara. Componía las discordias que muchas veces se ofrecían en la ciudad, acudiendo todos por el remedio, como cierto, á la disposición del Padre, con que se acababan negocios de gran importancia, y

aun las Sagradas Religiones le consultaban en sus diferencias. Fué finalmente este insigne varón, de generoso ánimo, y le mostró en las ocasiones que en su tiempo se ofrecieron. Festejó las canonizaciones de nuestros gloriosísimos santos con el mayor aparato y pompa que se ha visto en aquella tierra. Comenzó y acabó la grandiosa fábrica de nuestro templo y Colegio de Manila, dando principio con la pequeña limosna que, para el efecto, le hizo un republicano noble de Manila. Otras tres iglesias se fabricaron en diferentes pueblos, de mucha capacidad y hermosura, en el tiempo que fué Provincial, deseoso de que se fabricasen muchas más y se adelantase el culto divino y fomentase la devoción de aquellos recién convertidos cristianos.

§ III

Señala N. P. General al P. Juan de Bueras por Provincial de Filipinas, y de la grande prudencia con que gobernó esta Provincia.

Cuatro años había sido Rector del Colegio de Manila, cuando le llegó la patente de Provincial de esta Provincia, oficio en que fué mucho lo que obró en servicio de Nuestro Señor, por espacio de diez años que le duró este oficio. En viéndose con obligación de visitar la Provincia, para hacerlo con exacción y provecho de los prójimos, por donde anduviese visitando (que á todo eso le obligaba el grande celo que tenía del bien de las almas), se dió muy de propósito al estudio de dos lenguas diferentísimas que aprendió con ventajas, siendo aqueste fervoroso ejemplo aliento para los Padres más mozos, viendo á su Provincial solícito con tantas ansias en este ministerio glorioso. Hacía pláticas y sermones, enseñaba la Doctrina Cristiana en ambos idiomas, con admiración y utilidad grande de aquellos cristianos, de cuya enseñanza fué celosísimo, amando y reverenciando con particulares demostraciones de benevolencia y estimación á los que se dedicaban á estos ministerios.

El fué el que procuró, con la eficacia y buenos efectos que se saben, la conquista de Mindanao y Joló, en donde muchos de los nuestros han derramado su sangre á manos de los moros, no sin muchas circunstancias de aquellas que se juzgan por necesarias para el martirio. Con este mismo afecto diligenciaba el despacho de los que habían padecido en Japón, ayudando á algunos para que pasasen allá con ardiente celo de que se propagase el Evangelio de Cristo entre aquellas gentes. Uno fué el ilustrísimo mártir, P. Francisco Marcelo Mastrilli, con quien trató familiarmente y á quien ayudó en su viaje por haber arribado á Filipinas, con notables ansias de emplearse todo en servicio de quien había de dar su vida por Cristo, y tuvo particular conocimiento de los especiales favores con que regalaba Nuestro Señor á ese insigne mártir. En materias de espíritu fué singular la discreción con que el P. Juan de Bueras trataba á las personas que más se señalaban en familiar comunicación con su divina Majestad. Y por noticias del Padre se supieron los repetidos regalos con que favorecieron Cristo Nuestro Señor y su Madre Santísima al P. Diego de